

En esa fecha, ya Manuel Ramón Silva sabía que no obtendría ningún beneficio con el gobierno conservador, ya que no sería Secretario de Gobernación ni de Hacienda, a lo que aspiraba, ni Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en París, pues las carteras y representaciones ofrecidas fueron otras. Pero sí le quedó la misión de hacerle oposición, cuando el general Menocal se presentó de candidato a la reelección.

No sólo él, sino también la mayoría de los conservadores de Camagüey fueron contrarios a la reelección presidencial de Menocal en 1916, y el órgano oficial del partido: «El Camagüeyano», se hizo eco de esa postura.

En Manuel Ramón Silva tenemos a un conservador revolucionario de siempre, mientras que tantos liberales han sido siempre contrarrevolucionarios.

X I I

P E R I O D I S T A

La combatividad de Manuel Ramón Silva Zayas lo llevó también al periodismo.

En aquellos años, a los periodistas no les exigían títulos ni otras condiciones especiales para actuar. Con tener una publicación cuya dirección le abriera sus páginas, ya podían manifestarse. Por eso, ejerció el periodismo en dos etapas: en la manigua y en la ciudad, ya en la paz.

Allá en los campos de la revolución separatista, en la provincia de Camagüey, fundó el periódico «La Verdad», en el cual escribía con el seudónimo de «Justo Alzado.» En ese tiempo cada escritor tenía su seudónimo, su nombre de guerra. Si así lo usaban en plena paz, más lo hacían en tiempo de guerra, y máxime sublevados contra el gobierno de turno.

Por no saber cuántos números alcanzó «La Verdad», ni otros detalles, entre ellos las fechas del primero y último en editarse, se omiten esos detalles.

Para editar ese periódico, como todos los demás de la revolución, se requería tener la imprenta escondida en los bosques y lomas de los campos de Cuba, a resguardo del enemigo.

Terminada la guerra, en 1898, y al regresar a la ciudad, se reanudó la publicación de «La Verdad», ahora diario en plena paz, del que siempre, en los años que duró su publicación, fue director Manuel Ramón Silva. La imprenta, redacción y demás, estaba en la Plaza de las Mercedes (hoy Plaza de los Trabajadores) esquina al callejón de Mojarrieta, en el mismo lugar donde hoy está el edificio que aloja a la Central de Trabajadores de Cuba (C T C), en la gran casa colonial de dos pisos, derruida en 1926 para la construcción del actual. El edificio es hoy Ramón V. Guerrero 1.

En ese periódico, junto a Manuel Ramón Silva, escribieron figuras de prestigio, entre otros Manuel Márquez Sterling, tan conocido en el periodismo cubano e internacional, señalado como el maestro del periodismo, y

con cuyo egregio nombre bautizaron a la Escuela de Periodismo de La Universidad de La Habana. Pero los laureles de Márquez Sterling no se limitaron al periodismo, y también florecieron en la diplomacia, en diversas capitales, como en Méjico en 1913, cuando en los trágicos días del derrocamiento del presidente Francisco I. Madero, y su asesinato, le dio el asilo que otros le negaron. Fue tal la tensión y el distanciamiento entre los mejicanos, que la única solución que se vislumbraba era el nombramiento de un presidente provisional no mejicano, y para ese honor, en tan honda crisis y con tanta responsabilidad, fuese señalado ese representante de Cuba. Otro laurel tuvo en 1934, cuando logró el tratado abrogando la Enmienda Platt, de lo que escribió un libro.

Manuel Márquez Sterling escribió y editó en 1909 el libro: «La Diplomacia en Nuestra Historia», donde relata todo lo relacionado con Cuba y de este país en ese orden hasta 1878. Ahí habla del nombramiento de Manuel Ramón Silva Barberí, padre de nuestro biografiado, como cónsul del Perú en Puerto Plata, Santo Domingo.

También en el periodismo Manuel Ramón Silva actuó con la máxima moral. No escogió al periodismo para actos de chantaje, ni negocios sucios. No lo utilizó con fines mercantilistas. Por ende, fue la antítesis de la gran mayoría de los periodistas de su época.

Fue de los que, al decir de la gente de su tiempo, hicieron del periodismo un sacerdocio.

Las páginas libres de «La Verdad» fueron asiento de cultura, educación, civismo, moral y todo cuanto bueno hubiera en el mundo de aquellos días. Su director y redactores lo enaltecían. Ninguno de ellos fueron de los que fundaron, como se podía hacer entonces, un periódico ni por guapería, con el nombre de valentía, ni por interés. Se diferenciaban de los periodistas acomodaticios e interesados.

Entonces eran frecuentes los duelos entre periodistas, por sus artículos en defensa de sus tendencias. Pero los de «La Verdad» estaban fuera de ese modo de actuar, calificado por algunos de salvaje y bárbaro.

Manuel Ramón Silva fue un verdadero orientador de la opinión pública, en el más profundo sentir de la frase.